

calle habia infinitos dellos peleando con mucho corazon desde las azoteas; é como se llegaron copia de ballesteros y escopeteros, y tirábamos con dos tiros por la calle adelante, hacíamosles mucho daño. E como lo conocimos, ciertos españoles se lanzaron al agua, y pasaron de la otra parte, y duró en ganarse más de dos horas. E como los enemigos los vieron pasar, desampararon el albarrada y las azoteas, y pónense en huida por la calle adelante, y así pasó toda la gente. E yo hice comenzar á cegar aquella puente y deshacer el albarrada; y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente (1) que está junto á la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenían quitada ni tenían hecha albarrada en ella, porque ellos no pensaron que aquel dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos que fuera la mitad. E á la entrada de la plaza asestóse un tiro y con él recibian mucho daño los enemigos, que eran tantos que no cabian en ella. E los españoles, como vieron que allí no habia agua, de donde se suele recibir peligro, determinaron de les entrar la plaza. E como los de la ciudad vieron su determinacion puesta en obra, y vieron mucha multitud de

(1) Antes de llegar á la plaza de la Universidad hay muchos puentes, y naturalmente habla aquí desta plaza ó mercado, que era muy grande.

nuestros amigos, y aunque dellos sin nosotros no tenían ningun temor, vuelven las espaldas, y nuestros amigos dan en pos dellos hasta los encerrar en el circuito de sus ídolos, el cual es cercado de cal y canto (1); é como en la otra relacion se habrá visto, tiene tan gran circuito como una villa de cuatrocientos vecinos; y este fué luego desamparado dellos, y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron, y estuvieron en él y en las torres un buen rato. E como los de la ciudad vieron que no habia gente de caballo, volvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el patio y circuito, en que se vieron en muy grande aprieto y peligro; y como iban mas que retrayéndose, hicieron rostro debajo de los portales del patio. E como los enemigos los aquejaban tan reciamente, los desampararon y se retrujeron á la plaza, y de allí los echaron por fuerza hasta los meter por la calle adelante; en tal manera, que el tiro que allí estaba lo desampararon. E los españoles, como no podian sufrir la fuerza de los enemigos, se retrajeron con mucho peligro; el cual de hecho recibieran, sino que plugo á Dios que en aquel punto llegaron tres de caballo, y entran por la plaza adelante; y como los enemigos los vieron, creyeron que eran más, y comienzan á huir, y mataron algunos

(1) Este templo grande estaba donde hoy la iglesia catedral, casas del estado del Valle y palacio de los excelentísimos señores vireyes.

dellos y ganáronles el patio y circuito (1) que arriba dije. Y en la torre más principal y alta dél, que tiene ciento y tantas gradas hasta llegar á lo alto, hiciéronse fuertes allí diez ó doce indios principales de los de la ciudad, y cuatro ó cinco españoles subiérongela por fuerza; y aunque ellos se defendían bien, se la ganaron y los mataron á todos. E despues vinieron otros cinco ó seis de caballo, y ellos y los otros echaron una celada, en que mataron más de treinta de los enemigos. E como ya era tarde, yo mandé recoger la gente y que se retrujesen; y al retraer cargaba tanta multitud de los enemigos, que si no fuera por los de caballo, fuera imposible no recibir mucho daño los españoles. Pero como todos aquellos malos pasos de la calle y calzada, donde se esperaba el peligro, al tiempo del retraer yo los tenia muy bien adobados y aderezados, los de caballo podian por ellos muy bien entrar y salir; é como los enemigos venian dando en nuestra retroguarda, los de caballo revolvian sobre ellos, que siempre alanceaban ó mataban algunos; é como la calle era muy larga (2), hubo lugar de hacerse esto cuatro ó cinco veces. E aunque los enemigos vian

(1) El patio ó atrio en que vivian los sacerdotes de los ídolos.

(2) Es tan larga esta calle, que contando desde la garita de la Piedad hasta la salida de nuestra Señora de Guadalupe, hay más de média legua, aunque hoy está en otra disposicion la ciudad.

que recibian daño, venian, los perros, tan rabiosos, que en ninguna manera los podiamos detener ni que nos dejasen de seguir. E todo el dia se gastara en esto, sino que ya ellos tenian tomadas muchas azoteas que salen á la calle, y los de caballo recibian á esta causa mucho peligro; y así, nos fuimos por la calzada adelante á nuestro real, sin peligrar ningun español, aunque hubo algunos heridos; é dejamos puesto fuego á las más y mejores casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrásemos, dende las azoteas no nos hiciesen daño. Este mismo dia el alguacil mayor y Pedro de Albarado pelearon cada uno por su estancia muy reciamente con los de la ciudad, é al tiempo del combate estariamos los unos de los otros á legua y média (1) y á una legua; porque se extiende tanto la poblacion de la ciudad, que aun diminuyo la distancia que hay, y nuestros amigos que estaban con ellos, que eran infinitos, pelearon muy bien y se retrujeron aquel dia sin recibir ningun daño.

En este comedio, don Hernando, señor de la ciudad de Tesáico y provincia de Aculuacan, de que arriba he hecho relacion á vuestra majestad, procuraba de atraer á todos los naturales de su ciudad y provincia, especialmente los principales, á

(1) No exagera cosa alguna en esto, porque desde la garita de San Anton ó de la Piedad se puede ir por calles sin faltar edeficios hasta Tacuba, y así cuenta bien legua y média y aun dos leguas.

nuestra amistad, porque aun no estaban tan confirmados en ella como despues lo estuvieron, y cada dia venian al dicho don Hernando muchos señores y hermanos suyos con determinacion de ser en nuestro favor y pelear con los de México y Temixtitan; y como don Hernando era muchacho y tenia mucho amor á los españoles, y conocia la merced que en nombre de vuestra majestad se le habia hecho en darle tan gran señorío, habiendo otros que le precedian en el derecho dél, trabajaba quanto le era posible como todos sus vasallos viniesen á pelear con los de la ciudad y ponerse en los peligros y trabajos que nosotros; é habló con sus hermanos, que eran seis ó siete, todos mancebos bien dispuestos, y díjoles que les rogaba que con toda la gente de su señorío viniesen á me ayudar. E á uno dellos, que se llama Istrisuchil, que es de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos, envióle por capitán, y llegó al real de la calzada con más de treinta mil hombres de guerra, muy bien aderezados á su manera, y á los otros dos reales irian otros veinte mil. E yo los recibí alegremente, agradeciéndoles su voluntad y obra. Bien podrá vuestra cesárea majestad considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Hernando (1), y lo que sentirian los de Temix-

(1) Don Fernando, señor de Tezcuco, recién bautizado, hizo una acción, que ni el más fervoroso cristiano ni el más

titan en ver venir contra ellos á los que ellos tenían por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aun padres y hijos.

Dende á dos dias el combate de la ciudad se dió, como arriba he dicho; y venida ya esta gente en nuestro socorro, los naturales de la ciudad de Suchimilco, que está en el agua, y ciertos pueblos de Utumies (1), que es gente serrana y de mas copia que los de Suchimilco, y eran esclavos del señor de Temixtitan, se vinieron á ofrecer y dar por vasallos de vuestra majestad, rogándome que les perdonase la tardanza, y yo les recibí muy bien, y holgué mucho con su venida, porque si algun daño podian recibir los de Cuyoacan, era de aquellos.

Como por el real de la calzada, donde yo estaba, habíamos quemado con los bergantines muchas casas de los arrabales de la ciudad, y no osaba asomar canoa ninguna por todo aquello, parecióme que para nuestra seguridad bastaba tener en torno de nuestro real siete bergantines, y por eso acordé de enviar al real del alguacil mayor y al de Pedro de Albarado cada tres bergantines; y encomendé mucho á los capitanes dellos, que porque por la parte de aquellos dos reales se aprovechaban mucho de valiente capitán pudo haberla hecho con más honor, y por estos gloriosos hechos, y no por mentiras, se ha de definir á los indios.

(1) Othomites, que empiezan en los montes que cercan á México por el Poniente.

la tierra en sus canoas, y metian agua y frutas y maíz y otras vituallas, que corriesen de noche y de dia los unos y los otros del un real al otro, y que demas desto aprovecharian mucho para hacer espaldas á la gente de los reales todas las veces que quisiesen entrar á combatir la ciudad. E así, se fueron estos seis bergantines á los otros dos reales, que fué cosa necesaria y provechosa, porque cada dia y cada noche hacian con ellos saltos maravillosos y tomaban muchas canoas y gente de los enemigos.

Proveido esto, y venida en nuestro socorro y de paz la gente que arriba he fecho mencion, habléles á todos y díjeles cómo yo determinaba de entrar á combatir la ciudad dende á dos dias; por tanto, que todos viniesen para entonces muy á punto de guerra, y que en aquello conoceria si eran nuestros amigos; y ellos prometieron de lo cumplir así. E otro dia fice aderezar y apercibir la gente, y escribí á los reales y bergantines lo que tenia acordado y lo que habian de hacer.

Otro dia por la mañana, despues de haber oido misa, é informados los capitanes de lo que habian de facer, yo salí de nuestro real con quince ó veinte de caballo y trecientos españoles, y con todos nuestros amigos, que era infinita gente, y yendo por la calzada adelante, á tres tiros de ballesta del real estaban ya los enemigos esperándonos con muchos alaridos; y como en los tres dias antes no se

les habia dado combate, habian desfecho quanto habiamos cegado del agua, y teníanlo muy más fuerte y peligroso de ganar que de antes; y los bergantines llegaron por la una parte y por la otra de la calzada; y como con ellos se podian llegar muy bien cerca de los enemigos, con los tiros y escopetas y ballestas hacíanles mucho daño. Y conociéndolo saltan en tierra y ganan el albarrada y puente, y comenzamos á pasar de la otra parte y dar en pos de los enemigos, los cuales luego se fortalecian en las otras puentes y albarradas que tenian hechas; las cuales, aunque con mas trabajo y peligro que la otra vez, les ganamos, y les echamos de toda la calle y de la plaza de los aposentamientos grandes de la ciudad. E de allí mandé que no pasasen los españoles, porque yo, con la gente de nuestros amigos, andaba cegando con piedra y adobes todo el agua, que era tanto de hacer, que aunque para ello ayudaban más de diez mil indios, quando se acabó de aderezar era ya hora de vísperas; y en todo este tiempo siempre los españoles y nuestros amigos andaban peleando y escaramuzando con los de la ciudad y echándoles celadas, en que murieron muchos dellos. E yo con los de caballo anduve un rato por la ciudad, y alanceábamos por las calles do no habia agua los que alcanzábamos; de manera que los teniamos retraidos y no osaban llegar á lo firme. Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinacion

de morir ó defenderse, colegí dellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca ó ninguna de la riqueza que nos habian tomado; y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente les destruyésemos. E desta postrera tenia más sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma ternia para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas. E porque lo sintiesen más, este dia fice poner fuego á estas casas grandes (1) de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad, los españoles y yo estábamos aposentados; que eran tan grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podian aposentar en ellas; y otras que estaban junto á ellas, que aunque algo menores, eran muy más frescas y gentiles, y teuia en ellas Mutezuma todos los linajes de aves que en estas partes habia (2); y aunque á mí me

(1) En la plaza mayor y sitio de la Santa Iglesia.

(2) Hay en América muchas aves de Europa, y son muy particulares las siguientes, que no son conocidas sino en Nueva España.

Pájaro arcotris; es de muy hermosos colores, encarnados, dorados y azules.

Aguila de dos cabezas; se mató por un cazador cerca de Oaxaca, y la llevaron á España año de 1741, y no es sola esta la que se ha visto.

Pito real; es del tamaño de un papagayo, de dos colores,

pesó mucho dello, porque á ellos les pesaba mucho más, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y tambien los otros sus aliados de las ciudades de la laguna, porque estos ni otros nunca pensaron que nuestra fuerza bastara á les entrar tanto en la ciudad; y esto les puso harto desmayo.

Puesto fuego á estas casas, porque ya era tarde, recogí la gente para nos volver á nuestro real; y como los de la ciudad veían que nos retraíamos, cargaban infinitos dellos, y venian con mucho im-

negro y amarillo, así las plumas como el pico, el que es desmesurado, pues tiene más de medio palmo de largo, aunque corvo, y cuatro dedos de ancho; tiene tambien del mismo largo la lengua y de figura de una pluma delgada.

Chupamirtos, á quien otros llaman pájaro mosca, así por ser como un moscardon grande, como por el ruido que mete cuando vuela; tiene el pico muy largo, y delgado como un alfiler, y la lengua muy sutil, con la que chupa volando el jugo de las flores; y aunque algunos dicen que es el verdadero fénix porque se muere en el invierno y renace con el calor, yo aseguro haber visto en los nidos los huevos, los pajaritos pequeños; y en toda la estacion del año andar volando en la casa de campo de Tacubaya: tiene muy vivos, diferentes y hermosísimos colores.

Zopilote rey: se cogió en el rio de Guasacualco, y hay algunos en la Huasteca; es de varios y hermosos colores, y tiene corona de plumas en la cabeza; los demas zopilotes son como pavos, aunque más negros, feos y torpes; en algunas partes se llaman auras y de otros modos.

Cardenales; son del tamaño y figura de un gorrion: llámanse así por su color, que es encarnado.

petu dándonos en la retroguarda. E como toda la calle estaba buena para correr, los de caballo volvíamos sobre ellos y alanceábamos de cada vuelta muchos dellos, y por eso no dejaban de nos venir dando grita á las espaldas. Este dia sintieron y mostraron mucho desmayo, especialmente viendo entrar por su ciudad, quemándola y destruyéndola, y peleando con ellos los de Tesáico, y Calco y Suchimileo y los Otumies, y nombrándose cada uno de donde era; y por otra parte los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su

Alcatraces; tienen un pico y buche muy grande: en Panamá es digno de ver cómo pescan las sardinas, y despues otras aves de rapiña se las hacen vomitar, y las cogen en el aire conforme las van arrojando los alcatraces perseguidos.

Zenzontles; son poco menores que una tórtola y del mismo color; se llaman así por los varios tonos que aprenden, pues *zenzonthli* en mexicano quiere decir cuatrocientos tonos.

Los guacamayos, papagayos grandes y pequeños, son bien conocidos en todas partes de la Europa, donde viven bastantes años.

De las plumas destos y otros pájaros hacian los indios sus plumajes, y aun imágenes de pluma tan particulares en Pátzcuaro, de las diócesis de Mechoacan, que, segun refiere Acosta, se admiró el señor Felipe II de tres estampas que dió al señor Felipe III su maestro; la misma admiracion causó al papa Sixto V un cuadro de San Francisco que enviaron á su Santidad hecho de plumas por los indios, quienes, arrancando de un pájaro muerto con unas pinzas las plumas, y pegándolas á la tabla ó lámina, se valen de sus naturales colores para dar las sombras y demas necesarios primores que caben en el arte.

ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habian de cenar aquella noche y almorzar otro dia, como de hecho lo hacian. E así nos venimos á nuestro real á descansar, porque aquel dia habiamos trabajado mucho, y los siete bergantines que yo tenia entraron aquel dia por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte della. Los capitanes de los otros reales y los seis bergantines pelearon muy bien aquel dia, y de lo que les acaeció me pudiera muy bien alargar; y por evitar prolijidad, lo dejo, mas de que con victoria se retrujeron á sus reales sin recibir peligro ninguno.

Otro dia siguiente, luego por la mañana, despues de haber oido misa, torné á la ciudad por la misma órden con toda la gente, porque los contrarios no tuviesen lugar de descegar las puentes y hacer las albarradas; y por bien que madrugamos, de las tres partes y calles de agua que atraviesan la calle que va del real fasta las casas grandes de la plaza, las dos dellas estaban como los dias antes, que fueron muy recias de ganar; y tanto, que duró el combate desde las ocho horas fasta la una despues de mediodia, en que se gastaron casi todas las saetas y almacén y pelotas que los ballesteros y escopeteros llevaban. Y crea vuestra majestad que era sin comparacion el peligro en que nos viamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para ganallas era forzado echarse á nado los españoles y pasar de la otra parte; y esto no

podian ni osaban hacer muchos, porque á cuchilladas y á botes de lanza resistian los enemigos que no saliesen de la otra parte. Pero como ya por los lados no tenian azoteas de donde nos hiciesen daño, y desta otra parte los asaeteábamos, porque estábamos los unos de los otros un tiro de herradura, y los españoles tomaban de cada dia mucho más ánimo y determinaban de pasar; y tambien por que vian que mi determinacion era aquella, y que cayendo ó levantando no se habia de hacer otra cosa. Parecerá á vuestra majestad que pues tanto peligro recibiamos en el ganar de estas puentes y albarradas, que éramos negligentes, ya que las ganábamos, no las sostener, por no tornar cada dia de nuevo á nos ver en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande; y cierto así parecerá á los ausentes, pero sabrá vuestra majestad que en ninguna manera se podia facer, porque para ponerse así en efecto se requerian dos cosas: ó que el real pasáramos allí á la plaza y circuito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiera gran peligro y no habia posibilidad para ello; porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incomportable y podian darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que

no se podia sufrir poner gente en guarda dellos, y á esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que entrábamos en la ciudad (1). Aquel dia, como se tardó mucho en ganar aquellas puentes y en las tornar á cegar, y no hubo lugar de hacer más, salvo que por otra calle principal que va á dar la ciudad de Tacuba se ganaron otras dos puentes y se cegaron, y se quemaron muchas y buenas casas de aquella calle, y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde recibiamos siempre poco menos peligro que en el ganar de las puentes; porque en viéndonos retraer, era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecia sino que habian habido toda la victoria del mundo, y que nosotros íbamos huyendo; é para este retraer era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo cegado al igual suelo de las calles, de manera que los de caballo pudiesen libremente correr á una parte y á otra; y así, en el retraer, como ellos venian tan golosos tras nosotros, algunas veces fingiamos ir huyendo, y revolviamos los de caballo sobre ellos, y siempre tomábamos doce ó trece de aquellos más esforzados; y con esto, y con algunas celadas que siempre les echábamos, continuo

(1) Aquí se prueba la pericia militar, pues el que ve tantas albarradas y acequias como rodean á México, conocerá que si se hubiera quedado dentro, hubieran perecido de hambre y sitiados por todas partes; lo que no es cordura en un general.

llevaban lo peor, y cierto verlo era cosa de admiracion; porque por más notorio que les era el mal y daño que al retraer de nosotros recibian, no dejaban de nos seguir, hasta nos ver salidos de la ciudad (1). E con esto nos volvimos á nuestro real, y los capitanes de los otros reales me hicieron saber cómo aquel dia les habia sucedido muy bien, y habian muerto mucha gente por la mar y por la tierra; y el capitan Pedro de Albarado, que estaba en Tacuba, me escribió que habia ganado dos ó tres puentes; porque, como era en la calzada que sale del mercado de Temixtitan á Tacuba, y los tres bergantines que yo le habia dado podian llegar por la una parte á zabordar en la misma calzada, no habia tenido tanto peligro como los dias pasados; y por aquella parte de Pedro de Albarado habia más puentes y más quebradas en la calzada, aunque habia menos azoteas que por las otras partes (2).

En todo este tiempo los naturales de Iztapalapa, y Oichilobusco, y Mejiacingo, y Culuacan, y Miz-

(1) Este es el acertado medio que eligió Cortés, ir debilitando insensiblemente á los enemigos, quemar y arruinar las casas y valerse de su misma ceguedad para aniquilarles, ya que no se querian entregar. Fué otro emperador Tito compasivo de los habitantes de Jerusalem; pero viendo su dureza, se valió deste instrumento para arruinarla y no dejar piedra sobre piedra.

(2) Desde la iglesia mayor sale derecha una calle para Tacuba, y en esto no ha habido variacion.

quique, y Cuitaguaca, que, como he hecho relacion, están en la laguna dulce, nunca habian querido venir de paz, ni tampoco en todo este tiempo habiamos recibido ningun daño dellos; y como los de Calco eran muy leales vasallos de vuestra majestad, y veían que nosotros teniamos bien que hacer con los de la gran ciudad, juntáronse con otras poblaciones que están al rededor de las lagunas, y hacian todo el daño que podian á aquellos del agua; y ellos, viendo cómo de cada dia habiamos victoria contra los de Temixtitan, y por el daño que recibian y podrian recibir de nuestros amigos, acordaron de venir, y llegaron á nuestro real, y rogáronme que les perdonase lo pasado, y que mandase á los de Calco y á los otros sus vecinos que no les hiciesen más daño. Y yo les dije que me placia y que no tenia enojo dellos, salvo de los de la ciudad; y que para que creyesen que su amistad era verdadera, que les rogaba que, porque mi determinacion era de no levantar, el real hasta tomar por paz ó por guerra á los de la ciudad, y ellos tenían muchas canoas para me ayudar, que hiciesen apercebir todas las que pudiesen con toda la más gente de guerra que en sus poblaciones habia, para que por el agua viniesen en nuestra ayuda de allí adelante. Y tambien les rogaba que porque los españoles tenían pocas y ruines chozas, y era tiempo de muchas aguas, que hiciesen en el real todas las mas casas que pudiesen; y que trujesen canoas



para traer adobes y madera de las casas de la ciudad que estaban mas cercanas al real. Y ellos dijeron que las canoas y gente de guerra estaban apercebidos para cada dia; y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habria más de tres ó cuatro tiros de ballesta. Y vea vuestra majestad qué tan ancha puede ser la calzada que va por lo más hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer á pié y á caballo, íbamos y veniamos por ella; y habia á la continua en el real, con españoles y indios que les servian, más de dos mil personas, porque toda la otra gente de guerra nuestros amigos se aposentaban en Cuyoacan, que está legua y média del real, y tambien estos destas poblaciones nos proveían de algunos mantenimientos, de que teniamos harta necesidad, especialmente de pescado y de cerezas (1), que hay tantas, que pueden bastecer, en cinco ó seis meses del año que duran, á doblada gente de la que en esta tierra hay.

Como dos ó tres dias arreo habiamos entrado por la parte de nuestro real en la ciudad, sin otros tres

(1) Capulines se llaman las cerezas, pero de mal sabor y muy inferiores á las de España.

ó cuatro que habiamos entrado, y siempre habiamos victoria contra los enemigos, y con los tiros y ballestas y escopetas matábamos infinitos, pensábamos que de cada hora se movieran á nos acometer con la paz, la cual deseábamos como á la salvacion; y ninguna cosa nos aprovechaba para los atraer á este propósito; y por los poner en más necesidad y ver si los podria constreñir de venir á la paz, propuse de entrar cada dia en la ciudad y combatilles con la gente que llevaba por tres ó cuatro partes, y hice venir toda la gente de aquellas ciudades del agua en sus canoas; y aquel dia por la mañana habia en nuestro real más de cien mil hombres nuestros amigos. E mandé que los cuatro bergantines, con la mitad de canoas, que serian hasta mil y quinientas, fuesen por la una parte; y que los tres, con otras tantas, que fuesen por otra y corriesen toda la más de la ciudad en torno, y quemasen y hiciesen todo el más daño que pudiesen. E yo entré por la calle principal adelante, y fallámosla toda desembarazada fasta las casas grandes de la plaza, que ninguna de las puentes estaba abierta, y pasé adelante á la calle que va á salir á Tacuba, en que habia otras seis ó siete puentes. E de allí proveí que un capitán entrase por otra calle con sesenta ó setenta hombres, y seis de caballo fuesen á las espaldas para los asegurar; y con ellos iban más de diez ó doce mil indios nuestros amigos; y mandé á otro capitán que por otra calle hiciese lo mismo, y yo con la gente que

me quedaba seguí por la calle de Tacuba adelante, y ganamos tres puentes, las cuales se cegaron, y dejamos para otro dia las otras, porque era tarde, y se pudiesen mejor ganar porque yo deseaba mucho que toda aquella calle se ganase, porque la gente del real de Pedro de Albarado se comunicase con la nuestra y pasasen del un real al otro, y los bergantines ficiesen lo mismo. Y este dia fué de mucha victoria así por el agua como por la tierra, y hóbose algun despojo de los de la ciudad: en los reales del alguacil mayor y Pedro de Albarado se hobo tambien mucha victoria.

Otro dia siguiente volví á entrar en la ciudad por la órden que el dia pasado, y diónos Dios tanta victoria, que por las partes donde yo entraba con la gente no parecía que habia ninguna resistencia; y los enemigos se retraian tan reciamente, que parecía que les teniamos ganado las tres cuartas partes de la ciudad, y tambien por el real de Pedro de Albarado les daban mucha priesa, y sin duda el dia pasado y aqueste yo tenia por cierto que vinieran de paz, de la cual yo siempre, con victoria y sin ella, hacia todas las muestras que podia. Y nunca por eso en ellos hallábamos alguna señal de paz; y aquel dia nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir á los de la ciudad (1).

(1) Cortés se compadeció siempre mucho de la terquedad de los indios, en lo que fué culpado su emperador y caudillo

En estos dias pasados Pedro de Albarado habia ganado muchas puentes, y por las sustentar y guardar ponía velas de pié y de caballo de noche en ellas, y la otra gente íbase al real, que estaba tres cuartos de legua de allí. El porque este trabajo era incomportable, acordó de pasar el real al cabo de la calzada que va á dar al mercado de Temixtitan, que es una plaza harto mayor que la de Salamanca, y toda cercada de portales á la redonda; é para llegar á ella no le faltaba de ganar sino otras dos ó tres puentes, pero eran muy anchas y peligrosas de ganar; y así, estuvo algunos dias que siempre peleaba y habia victoria. E aquel dia que digo en el capítulo antes deste, como via que los enemigos mostraban flaqueza y que por donde yo estaba les daba muy continuos y recios combates, cebóse tanto en el sabor de la victoria y de las muchas puentes y albarradás que les habia ganado, que determinó de les pasar y ganar una puente en que habia más de sesenta pasos desfechos de la calzada, todo de agua, de hondura de estado y medio y dos; é como acometieron aquel mismo dia, y los bergantines ayudaron mucho, pasaron el agua y ganaron la puente, y siguen tras los enemigos, que iban puestos en huida. E Pedro de Albarado daba mucha priesa en que se cegase aquel paso porque pasasen los de caballo, y tambien por Quatemoc, que primero queria morir que entregarse, por evitar la nota de cobarde que pusieron á Mutezuma, y en verdad fué prudencia.